

de nacimiento entre vm. y él, por ser este el único modo de lavar la mancha de que está cubierto. Por lo tanto tiene la generosidad de ofrecer á vm. en este corto escrito, lo que vm. mismo no ha querido pedirle en razon de su modestia; porque no piensa sea otra la causa del silencio que vm. ha guardado. Tambien traigo la medida de su arma, y luego de aceptado el desafio que presento, me hallaré dispuesto á señalar el tiempo, el lugar y las demas circunstancias concernientes á este reencuentro.

—Y yo, dijo Solsgrace con tono magestuoso, si el autor de todo lo malo tentare á mi amigo para conformarse con la propuesta que se le hace por un hombre sediento de sangre, yo seria el primero á lanzar contra él la sentencia de excomunion.

—No hablo con vm., señor reverendo, dijo sir Jasper; es bastante natural le determine á vm. su propio interés á mirar mas por la vida que por el honor de su patron; pero de él mismo debo yo saber como piensa en este caso.

Al decir esto, y volviendo á saludar al mayor, le presentó de nuevo el papel de desafio.

Podia verse claramente que los consejos del honor humano y de los principios religiosos combatian cruelmente en el corazon de Bridgenorth; pero los últimos triunfaron. Apartó de sí con serenidad el papel que le presentó sir Jasper, y le dijo :

—Podrá ser ignore vm., sir Jasper, que despues de haberse extendido la luz del cristianismo por este reino, han dudado muchas personas respetables que la efusion de sangre de uno de nuestros semejantes pueda en tiempo alguno tenerse por justa; y aunque esta regla me parece dificil de aplicar al tiempo de prueba en que vivimos, pues que si el defecto de resistencia se hiciese general, pondria nuestros derechos civiles y religiosos entre las manos del primer tirano atrevido, con todo siempre me hallé, y me hallo aun dispuesto á limitar las armas carnales á la necesidad de la defensa personal, á la proteccion de nuestra patria contra una nacion extranjera, y al sosten de nuestras propiedades, leyes y libertad de conciencia, contra cualquier poder usurpador. Como jamas he vacilado en sacar la espada por

ninguna de estas causas, vm. se servirá excusarme si la deajo estar en la vaina cuando un hombre que me ha injuriado gravemente me provoca para el combate ya por un futil punto de honor, ya por pura fanfarronada, como es mas probable.

— He oido á vm. con paciencia, dijo sir Jasper, y ahora, señor Bridgenorth, invito á vm. á meditar mejor este negocio, pongo al Cielo por testigo de que su honor está herido, y que dignándose concederle una cita que le presenta un medio de curar algun tanto esta herida, sir Geoffrey se ha compadecido de su desgracia, y con sincero deseo de restablecer su reputacion. No se trata de mas que cruzar las espadas por algunos minutos, y vm. tendrá la satisfaccion de vivir ó morir como caballero. Por otra parte, el arte de la esgrima, que el respetable Caballero conoce con la mayor perfeccion, puede proporcionarle, como á ello le invitará su buen corazon, contentarse con desarmarle haciendo una herida ligera, de lo que resultará poco mal á su persona, y mucho bien á su honor de vm.

— La compasion tierna del malvado no es mas que crueldad, dijo Solsgrace en tono enfático, para comentar el discurso que sir Jasper habia pronunciado del modo mas patético.

— Suplico á Vuestra Reverencia que no me interrumpa otra vez, dijo sir Jasper, tanto mas, cuanto que pienso tiene vm. muy poco que hacer con lo que se trata, y le pido me permita cumplir debidamente con el encargo de mi digno amigo.

Al decir esto, desenvainó su espada, y pasando la punta por la hebra de seda que tenia el papel alrededor, le presentó otra vez con gracia, y realmente á la punta de la espada, al mayor Bridgenorth; este no quiso tampoco admitirle, aunque se puso muy encarnado, como si hubiese tenido que violentarse; dió algunos pasos atras, é hizo una gran cortesia á sir Jasper Cranbourne.

— Siendo eso así, dijo Jasper, romperé el sello de la carta de sir Geoffrey, y se la leeré yo mismo, para llenar enteramente el deber que se me ha confiado, y darle á conocer, señor

Bridgenorth, las intenciones generosas de mi digno amigo para con vñ.

— Si el contenido de esta carta, dijo el mayor, se reduce á lo que se ha dicho, está por demas el insistir, porque ya lo tengo resuelto.

— Nada importa, respondió sir Jasper abriendo la carta; conviene léersela yo á vñ., y leyó lo siguiente:

« Al digno Rodolfo Bridgenorth, escudero de Moultrassie-Hall.

« Confiado al celo del honorable sir Jasper Cranbourne, caballero, de Long-Mallington.

« Señor Bridgenorth,

« La carta que habeis escrito á nuestra querida esposa, la señora Margarita Peveril, nos ha dado á entender que sentis mucho los últimos acontecimientos pasados entre nosotros, como si estuviese ofendido vuestro honor por ellos. Y aunque no hayais tenido por conveniente dirigiros inmediatamente á mí para pedirme la satisfaccion que un hombre de condicion tiene derecho á exigir de otro en igual

caso, estoy convencido no se debe atribuir sino á vuestra modestia, siendo la causa la desigualdad de nuestro rango, sin atribuirlo á falta de valor, pues que, por otra parte, habeis dado pruebas de él: y ojalá que yo pudiese añadir, por la buena causa. Por tanto, me he decidido á citaros para lo que ciertamente deseais. Sir Jasper os presentará la longitud de mis armas, y arreglará todo lo necesario para nuestro reencuentro, que se verificará por la mañana ó por la tarde, á pie ó á caballo, al sable ó á la espada, según mejor os conviniere: Os dejo la eleccion, como tambien todos los privilegios propios del desafiado, pidiéndoos únicamente, si no teneis armas como las mias, me envieis la dimension de las vuestras, no dudando que el resultado de esta cita no debe ser sino para dar fin, de un modo ú otro, á todo resentimiento entre vecinos.

« Quedo

« Vuestro muy humilde servidor,

« GEOFFREY PEVERIL DEL PICO. »

« Escrita en mi pobre casa del castillo de Martindale, el.... 1660. »

— Ofrezca vm. mis respetos á sir Geoffrey Peveril, dijo el mayor; sus intenciones con respecto á mí pueden ser buenas, segun su *luz*; pero dígame vm. que nuestra desazon procede de una voluntaria agresion, en que se ha hecho culpable para conmigo; y que aun deseando vivir en caridad con todos, no es tanta la importancia que doy á su amistad que deba violar las leyes de Dios, y arriesgarme á ser asesino ú asesinado para recobrarla. Y en cuánto á vm., caballero, me parece que su edad debería hacerle abrir los ojos y considerar lo desatinado de semejantes mensajes.

— Cumpliré lo que vm. me encarga, señor Rodolfo Bridgenorth, respondió sir Jasper, y procuraré olvidar su nombre de vm., indigno de pronunciarse por un hombre de honor. Entre tanto, y en retorno de su consejo descortés, le daré á vm. otro; y es que si su religion le prohíbe dar satisfaccion á un caballero, debería tambien hacerle guardarse de ofenderle.

Al decir esto, el enviado de sir Geoffrey, echando una mirada de orgullo lo primero al mayor, y despues al ministro, calándose el

sombrero, envainó la espada y se salió del cuarto. Algunos minutos despues, estaba ya bien lejos, y no se oyeron mas las pisadas de su caballo.

Bridgenorth se habia quedado con la mano en la frente desde el momento de su partida, y se le vieron saltar las lágrimas arrancadas por la ira y la vergüenza, cuando ya estuvo á distancia de no poderle oír.

— El lleva, dijo, esta respuesta al castillo de Martindale, y me mirarán en adelante como un hombre sin honor, á quien podrá cualquiera insultar y escarnecer como le parezca; tengo razón en dejar la casa de mi padre.

Acercóse á él Solsgrace compadeciéndose al parecer, de sus penas, y tomándole la mano, dijo en tono mas afectuoso de lo que acostumbraba: — Noble hermano mio, aunque soy hombre de paz, sé apreciar muy bien lo que ha costado este sacrificio á tu corazon heroico. Pero no quiere Dios que nuestra obediencia á sus decretos sea imperfecta. No debemos, como Ananias y Safira, reservar algun deseo secreto, algun pecado favorito, cuando intentamos sacrificarle to-

dos nuestros afectos mundanos. ¿De qué nos servirá decir que no tenemos sino poco reservado si lo menor de la cosa maldita se halla escondido en nuestra misma tienda? ¿Crearás tú justificarte en tus oraciones con decir: no he muerto á este hombre por deseo de ganancia, como un ladrón, por adquirir el poder, como un tirano, por saciar mi venganza, como un salvaje sumergido en las tinieblas; sino porque la voz imperiosa del honor mundano me decia: Anda, mata ó muere, no soy yo quien te lo manda? Piénsalo bien, amigo mio; reflexiona si podrias tú justificarte así en tus oraciones; y si te ves forzado á temblar con la idea de la blasfemia que contiene tal excusa, acuérdate de dar gracias al Cielo que te dió fortaleza para resistir á tal tentacion.

— Reverendo y digno amigo mio, respondió Bridgenorth, conozco la verdad de lo que vm. me dice. El texto que ordenó al viejo Adan sufrir la vergüenza es mas trabajoso y difícil de practicar que el otro donde se le mandaba combatir valerosamente. Pero me alegro saber tendré por compañero, á lo menos por algun

tiempo, atravesando el desierto del mundo, á un hombre, cuyo celo y amistad son tan activos para sostenerme cuando estoy próximo á caer.

En tanto que los moradores de Moultrassie-Hall discurrían así sobre el motivo de la visita de sir Jasper Cranbourne, este digno caballero causaba á sir Geoffrey Peveril una sorpresa inexplicable contando el modo con que recibieron su embajada.

— Teniale por hombre de otro temple, dijo sir Geoffrey, y yo lo hubiera jurado, si se me hubiese mandado deponer. Pero el olmo no puede dar peras. Hice por él una locura que jamas haré por otro; creer se batiria un presbiteriano sin el permiso de su predicador. Délos vm. un sermón de dos horas, dejéelos después chillar un salmó en un tono tan desagradable como el ahullido de un perro que le dan de latigazos, y los pícaros se mostrarán tan afanosos como los majagranzas. Pero no tienen honor bastante para presentarse en campo cerrado, con calma y á sangre fria, espada contra espada, como valientes caballeros, como

buenos vecinos; vamos, ya hemos hablado bastante de un puritano de orejas tiesas, como ese Bridgenorth. Se quedará vm. á comer con nosotros sir Jasper, y verá vm. las habilidades de la cocinera de la señora Margarita. Despues de comer le divertiré con la caza de un halcon de la condesa de Derby. Ella le trajo en la mano desde Londres á Martindale, á pesar de la prisa con que viajaba, y me le dejó para que se mantuviera en la percha por la estacion presente.

Arreglóse bien pronto esta partida, y lady Peveril vió se desahogaba el mal humor de su marido como quien oye el último trueno al marcharse la nube y alejarse el peligro. Admiróse mucho del modo tan extraño que sir Geoffrey adoptara con tanta confianza para llegar á reconciliarse con el mayor Bridgenorth; y en consideracion á él dió gracias al cielo por no haber resultado efusion de sangre. Pero sepultó con cuidado sus reflexiones en su pecho, reconociendo tenian conexion con asuntos, en que no permitia el caballero del Pico ni que se pusiese en cuestion su sa-

gacidad, ni que se contrariara su voluntad.

Hasta la presente no ha hecho todavía mas que muy lentos progresos nuestra historia; pero despues de la época donde nos hallamos, pasaron en Martindale sucesos tan poco dignos de nota, que no hablaremos sino muy poco sobre lo que sucedió en muchos años.